



POSTFRANQUISTAS

Mientras la familia real celebra su jornada deportiva, el Polisario celebra la llegada del enviado de la ONU al Aaiun, aunque luego casi no les dejan verle. Parece que don Santi quiere fichar unos cuantos polisarios para el Madrid, pues dice que sólo ellos, con su moral, pueden salvar el equipo, y cuando el personal andaba atemorizado con la leona que se había escapado del zoo madrileño, vino Rodríguez de la Fuente a explicar que sólo era un perro, que esto es lo que pasa con la oposición y la democracia, que al bunker todo le parece que son leones y leonas, y luego resulta que es gente normal.

Pero no quieren que se sepa, para que vivamos en el santo temor de Dios y de Camacho. Camacho le pegó un abrazo a Raimon y el personal aplaudía y daba bravos, porque eran dos amiguetes, en vista de lo cual se prohibió la continuidad de los recitales. Cómo, ¿un cantante coreado por sus fans? Ante semejante provocación, todo el mundo a sus puestos. ¡Vivaspaña! ■ UMBRAL.

DOSCIENTOS PARTIDOS POLITICOS

TODAVIA no ha llegado la democracia y ya está preparado en España todo un catálogo con doscientos partidos políticos censados y dispuestos a saltar tras la cucuña del poder. Por lo visto la democracia en esta tierra es una coneja fecunda que ha parido mucho en la madriguera clandestina y ahora con el solecico de la tolerancia salen las crías, los doscientos gazapos a estirar las tiernas patitas sobre la hierba. Algunos de estos simpáticos conejitos serán algún día carne de paella; otros podrán ser degustados al ajillo o fritos con tomate solís; y otros tal vez pasen a formar quorum en las Cortes. Pero ahora mismo es una delicia contemplar la pradera política convertida en una granja de Walt Disney, llena de dibujos animados, con doscientas bandas multicolores retozando, cuchicheándose consignas, conspirando en capillitas, pasándose recados, viajando de un lado para otro. También puede suceder que salga el gamberro del Pato Donald, pegue dos escopetazos al aire y se produzca la desbandada. Si existen doscientos partidos políticos, eso quiere decir que hay doscientos cabecillas dispuestos a mandar, dispuestos a salvarnos, dispuestos a solucionarlo todo. Es una suerte. Uno puede dormir tranquilo pensando que dos centenas de líderes

esforzados están metidos en faena para servirnos en bandeja un risueño porvenir.

Eso por una parte. Por la otra está la Comisión mixta de Reforma que también trabaja arduamente en procurarnos la felicidad. Uno siente profunda emoción al comprobar cómo estos dieciocho señores tan importantes, que deben de estar ocupadísimos, pierden toda una tarde a la semana, abandonando sus múltiples obligaciones, en trabajar en algo que no les gusta, que no sienten, incluso en algo que algunos de ellos odian, sólo por complacerlos. Estos señores son unos padrazos, unos dulces abuelos patriotas. Ellos saben que las cosas están bien como están, más para satisfacer nuestro capricho, ahí los tienes reformando la Constitución, formulando filigranas legales con tal de vernos a todos contentos. Realmente este es un país que no se merece lo que tiene. Jamás se ha visto un enfermo asistido por tanto doctor, una novia requerida por tantos amores galantes, un palo enjabonado con tanto competidor para coger el gallo que está en la punta. Aquí anda todo el mundo palpándole el hígado a la madre patria para diagnosticarle ese bulto misterioso. ¿Será un tumor?, ¿será un quiste sebáceo?, ¿será un preñado?, ¿será flato? ■ VICENT.

